

EL MISTERIO DEL LIBRO DESAPARECIDO



Todo empezó el día en que mi libro favorito desapareció de la biblioteca.

Yo no sabía que había desaparecido. Todavía no. En mi mente el libro seguía en su estantería, como un niño solitario que espera a su única amiga en la cafetería de la escuela.

El libro me estaba esperando, y yo lo único que quería era correr a la biblioteca y llevármelo antes de la primera clase; pero Rebecca, mi única amiga del mundo real, seguía con el rollo de registrar nuestros nombres.

—¿Alguna vez has pensado en registrar *AmyAnneOllinger.com*? —me preguntó.

«No, Rebecca, nunca he pensado en registrar *AmyAnneOllinger.com*. Tengo nueve años. ¿Cómo quieres que se me ocurra registrar una web con mi nombre? ¡Pero si no puedo ni entrar en Facebook, mis padres todavía no me dejan!».

Esto es lo que me pasó por la cabeza. Pero lo que le respondí fue:

—No.

—Deberías pensarlo —respondió Rebecca—. Tu nombre es tuyo y solo tuyo, pero cualquiera puede registrarlo. ¿Y entonces qué? *RebeccaZimmerman.com* ya está ocupado. ¡Tengo diez

años y ya me han robado mi futura propiedad intelectual! Jay Z y Beyoncé registraron el nombre de su hija cuando el bebé no tenía ni un mes. La verdad, esperaba más de mis padres.

Los padres de Rebecca son abogados y ella también quiere serlo cuando sea mayor. No se me ocurre un trabajo más aburrido.

Pero eso no se lo dije. Lo que dije fue:

—Ya.

El libro ocupaba todos mis pensamientos. Abrí la taquilla, metí la mochila dentro y eché una ojeada al buzón. Nadie sabe de quién fue la idea, pero en la escuela primaria de Shelbourne todo el mundo tiene una caja de cartón en su armario. Está pegada a la puerta por la parte interior, justo debajo de los pequeños orificios que te permitirían respirar si un acosador te encerrara dentro. Si quieres dejarle una nota a alguien, lo único que tienes que hacer es introducir el papel por la ranura para que caiga directamente en la caja. El señor Crutchfield, el conserje, las deja en las taquillas año tras año, así que los buzones se han convertido en toda una tradición.

Como siempre, el mío estaba vacío. No me sorprendió. A mi única amiga no le va eso de enviar notitas. «Nunca dejes nada por escrito», dice siempre Rebecca. Otro consejo de sus padres, los abogados.

—¿Has oído hablar de Morgan Freeman, el actor? —continuó ella—. ¡Alguien que no era él registró *morganfreeman.com* y él tuvo que llevarle a juicio para recuperar su nombre! Qué caso más interesante...

«¡No se me ocurre nada *menos* interesante, Rebecca! Las marcas comerciales y el registro de dominios me importan un

rábano. Tengo que ir a sacar mi libro favorito antes de que alguien se lo lleve».

Esto es lo que quería decirle, pero me limité a parapetarme tras el montón de libros que llevaba y salí corriendo antes de que ella pudiera añadir nada más.

—¡Tengo que devolver esto antes de clase! —grité—. ¡Nos vemos allí!

Si fuera por mí, ya tendría mi libro favorito metido en la mochila, pero nuestra bibliotecaria, la señora Jones, solo nos deja renovar los préstamos dos veces seguidas. Luego el ejemplar tiene que permanecer en su estantería durante *cinco días de clase seguidos* antes de que puedas llevártelo de nuevo. Ella dice que eso garantiza que otros lectores puedan disfrutarlo, pero yo creo que esta regla la creó expresamente para mí, para que lea otras cosas. Pero no debería preocuparse, pienso hacerlo de todos modos.

Cuando llegué a la biblioteca devolví los libros del día anterior y, de camino a las estanterías de ficción, saludé con la mano a la señora Jones.

—Amy —me llamó—. Espera, querida...

—Voy a por mi libro y vengo enseguida —le respondí.

Al llegar a las estanterías H-N, giré y corrí hacia donde sabía que el libro me esperaba.

Pero no estaba.

Volví a mirar y nada. Busqué por detrás de los demás volúmenes por si lo habían empujado y se había caído, como pasa a veces, pero no conseguí dar con él. No lo entendía: mi libro favorito *siempre* estaba en la estantería. ¿Podría ser que otra persona se lo hubiera llevado?

Iba a preguntárselo a la bibliotecaria cuando esta apareció por el pasillo. La señora Jones es una mujer blanca y voluminosa, de pelo corto castaño y gafas de abuela. Cuando no las usa, las lleva colgando del cuello con una cadenita. Ese día llevaba un vestido rojo de lunares blancos. Los lunares le encantan.

—¿Dónde está mi libro? —le pregunté.

—Eso es lo que intentaba explicarte, querida —dijo la señora Jones—. Sabía que lo primero que harías hoy sería venir a por él.

—Han pasado cinco días —le dije—. Lo tengo apuntado en mi agenda. Pasados cinco días puedo volver a llevármelo, usted me lo dijo. ¿Se... se lo ha llevado alguien?

—No, Amy. He tenido que retirarlo.

Fruncí el ceño. ¿Retirarlo? ¿Qué significaba eso?

—¿Por qué?

La señora Jones suspiró y se restregó las manos. Parecía a punto de soltarme una mala noticia, como que mis perros habían muerto o algo así.

—Porque unos cuantos padres se han reunido y han decidido que no es apropiado para una escuela primaria. Y el consejo escolar está de acuerdo.

—¿Que no es apropiado? ¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir, querida, que no puedo prestártelo. Ni a ti ni a nadie más. No hasta que hable con el consejo escolar y consiga que rectifiquen. Quiere decir, Amy, que tu libro favorito ha sido prohibido en la biblioteca de la escuela.

¿YO HE DICHO ES?



Sentí que la alfombra que tenía bajo los pies se transformaba en unas arenas movedizas y que me hundía con rapidez. Tuve que agarrarme a las estanterías para no caerme.

—¡Pero... si es muy apropiado! ¡Es un gran libro! ¡Es mi libro favorito!

—Lo sé, querida. Estoy de acuerdo contigo. Solo vuestros padres tienen derecho a decirnos qué podéis leer y qué no. Te prometo que les plantaré cara. Pero, mientras tanto, tengo que acatar lo que el consejo escolar decida o me quedaré sin trabajo.

Asentí con un gesto de la cabeza. No me sentía capaz de decir nada. Tenía ganas de llorar, lo que era absurdo. Era como si alguien hubiera entrado en mi habitación y se hubiera llevado mis cosas sin preguntar. Y eso era todavía más absurdo, porque estábamos hablando de un libro de una biblioteca. Y los libros de las bibliotecas son de todo el mundo.

—Tú puedes ayudarnos a recuperarlo, Amy —dijo la señora Jones.

Me sequé una lágrima.

—¿Cómo?